

La adaptación estratégica de los partidos sucesores a la sociedad durante la transición democrática en la Europa del Este

Ricardo Martín de la Guardia¹

RESUMEN

Los partidos políticos dentro del proceso histórico iniciado en Europa Central y Oriental después de 1989 han suscitado el interés de los historiadores con el fin de explicar, por un lado, cómo influyeron en la consolidación de Estados democráticos y, por otro, hasta qué punto representaron a los grupos sociales, muy activos en el asalto final al edificio totalitario. De modo particular, los partidos sucesores de las organizaciones comunistas que habían gobernado las denominadas “democracias populares” tienen, a nuestro juicio, una importancia especial por su papel fundamental en la democratización de los países postcomunistas. El objetivo de este artículo es reflexionar sobre su capacidad de previsión y adaptación a los nuevos tiempos para ganar la confianza de millones de electores en las distintas convocatorias abiertas en el camino hacia la democracia, algo que no parecía previsible al comienzo del proceso.

Palabras clave: Transición democrática, Europa del Este, Partidos Sucesores.

ABSTRACT

An essential ingredient of the historical process under way in Central and Eastern Europe as of 1989, political parties have caught the historian's attention to explain, on one hand, how they influenced the consolidation of democratic States and, on the other, to what extent they represented social groups, which were so actively involved in the final collapse of totalitarianism. To be more specific, the parties succeeding the communist organisations that had wielded dominant power in the so-called “popular democracies” play, in

1 Catedrático de Historia Contemporánea. Director del Instituto de Estudios Europeos, Centro de Excelencia Jean Monnet, Universidad de Valladolid. E-mail: guardia@fyl.uva.es.

our opinion, a key role in the democratisation of postcommunist countries. This article reflects on their remarkable foresight and adaptability to the new circumstances and, also, on their efforts to be taken, once and again, into the confidence of millions of voters, a phenomenon which had not even seemed predictable to begin with.

Keywords: Democratic Transition, East Europe, Successor Parties.

1. INTRODUCCIÓN

Los partidos políticos dentro del proceso histórico iniciado en Europa Central y Oriental después de 1989 han suscitado el interés de los historiadores con el fin de explicar, por un lado, cómo influyeron en la consolidación de Estados democráticos y, por otro, hasta qué punto representaron a los grupos sociales, muy activos en el asalto final al edificio totalitario². De modo particular, los partidos sucesores de las organizaciones comunistas que habían gobernado las denominadas “democracias populares” tienen, a nuestro juicio, una importancia especial por su papel fundamental en la democratización de los países postcomunistas. Merece la pena detenerse y reflexionar sobre su capacidad de previsión y adaptación a los nuevos tiempos, ganando la confianza de millones de electores en las distintas convocatorias abiertas en el camino hacia la democracia.

Debemos reconsiderar, al respecto, la trascendencia de la sociedad civil como elemento catalizador en la descomposición de los sistemas de inspiración soviética en el este de Europa. Indudablemente, su influencia en los momentos últimos de la crisis de dichos sistemas fue muy evidente en la mayor parte de los casos, pero si nos atenemos a la cronología de los acontecimientos podemos concluir que, salvo en Polonia, la fuerza real de los movimientos contestatarios y opositores a los regímenes comunistas solo ganó importancia a partir del inicio mismo del colapso definitivo. La debilidad de la disidencia y, en general, de dichos movimientos contestatarios coadyuvó a que durante los procesos de transición a la democracia la sociedad civil ofreciera su flanco más vulnerable y desarticulado³. De ahí se desprende que, con el fin de mantener su presencia en aquellos años tan decisivos, los partidos provenientes de

2 Para un estudio de las transformaciones operadas en el panorama mundial en torno a esta fecha decisiva, véase R. Martín de la Guardia, *1989, el año que cambió el mundo. Los orígenes del orden internacional después de la Guerra Fría*, Madrid, Akal, 2012.

3 Véase R. Martín de la Guardia, “Claves sociales de las transiciones democráticas en la Europa del Este”, en R. Quirosa-Cheyrouze y Muñoz (ed.), *La sociedad española en la Transición. Los movimientos sociales en el proceso democratizador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2011, pp. 93-106.

las antiguas formaciones hegemónicas tuvieran la capacidad suficiente para acometer cambios en su estructura interna y asumir principios que, en general, derivaban del socialismo democrático.

Entendemos por “partidos sucesores” los descendientes formales de los partidos comunistas que controlaron el poder de los regímenes nacidos en la Europa Central y Oriental después de la Segunda Guerra Mundial, sucesores que reivindican explícitamente tal condición y que conservan miembros de la antigua organización⁴. Por supuesto, cada uno de estos partidos condicionó de distinta forma la historia de la transición en su lugar de origen. Los más estudiados han sido las organizaciones comunistas reformadas que, como en Hungría o Polonia, lograron en poco tiempo triunfar en contiendas electorales libres e incluso constituir gobiernos durante la transición. Sin embargo, otros partidos sucesores emprendieron caminos diferentes, como sucedió en Alemania y en la República Checa.

2. EL PARADÓJICO APOYO SOCIAL A LAS ORGANIZACIONES POSTCOMUNISTAS

La pregunta que nos concierne podría formularse de la siguiente forma: ¿por qué tienen éxito los partidos sucesores en el proceso histórico de la transición a la democracia? Para algunos expertos, la incertidumbre creada en los procesos de transición ha sido un componente principal en la decisión de votar a los ex comunistas: el recuerdo de la seguridad del empleo en los viejos tiempos, las consecuencias económicas negativas para sectores amplios de la población, el temor por no saber qué les iba a deparar un cambio socioeconómico de tal envergadura⁵. No solo influye la cuestión económica en las mentalidades de quienes viven la transición: la búsqueda de seguridad y la nostalgia de una época de estabilidad social ajena a las variaciones bruscas de los procesos de cambio también provocan una actitud favorable a los partidos sucesores⁶.

Resulta indudable la importancia de estos factores para el fortalecimiento de los partidos postcomunistas, pero no son los únicos. Mayor trascendencia tuvo la inercia de unas sociedades durante décadas sometidas a pautas de comportamiento establecidas y mantenidas durante décadas por regímenes coercitivos. Una oposición verdaderamente fuerte, con capacidad para influir

4 A. Grzymala-Busse, *Redeeming the Communist Past. The Regeneration of Communist Parties in East-Central Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 14.

5 Véase, por ejemplo, H. Kitschelt, “The Formation of Party Cleavages in Post-Communist Democracies”, *Party Politics*, vol. 1, n° 4 (1995), pp. 447-472, y G. Evans y S. Whitefield, “Identifying the Bases of Party Composition in Eastern Europe”, *British Journal of Political Science*, n° 23, 1993, pp. 521-548.

6 Véase V. Zubek, “The Phoenix Out of the Ashes. The Rise to Power of Poland’s Post-Communist SdRP”, *Communist and Post-Communist Studies*, vol. 27, n° 3, 1995, pp. 275-306.

con sus acciones en la desintegración del sistema, hubiera sido plausible si el aprendizaje democrático dentro de la disidencia se hubiera irradiado, al menos, a una parte de la sociedad, influyendo así en las transiciones. Por ello, si fue únicamente en los últimos momentos del proceso de desintegración —ya fuera a través de las movilizaciones constantes durante los últimos meses de la RDA de Honecker, ya en las manifestaciones mucho más esporádicas y desmalazadas de Bucarest antes de la caída de Ceaucescu—, es lógico pensar que en la mayoría de estos países una parte importante de la población, aturrida por la precipitación de los acontecimientos, se mantuviese fiel a las organizaciones ex comunistas que hábilmente transformaban su estructura y su discurso no solo para adecuarse sino, incluso, para intentar capitalizar el nuevo periodo histórico que se abría. Por supuesto, el hecho de que la población no se hubiera movilizadо hasta el final no quería decir que defendiera los supuestos logros del socialismo realmente existente. El sistema había perdido toda su legitimidad y aunque el poder represivo de la autoridad, por ejemplo en Rumania y Bulgaria, hubiera impedido que estallaran conflictos sociales de envergadura —huelgas masivas, grandes manifestaciones contrarias al partido—, el deterioro de la eficacia a la hora de asignar recursos y satisfacer necesidades había corroído los pilares del régimen. Por otra parte, las elites de los partidos sucesores supieron cómo transformar internamente la organización, adaptarla a la nueva coyuntura pluripartidista —sin perder determinados componentes ideológicos, reflejados en las declaraciones programáticas— y acomodar su discurso a las necesidades del mercado electoral⁷.

El final de la doctrina de soberanía limitada, defendido por Mijail Gorbachov poco después de llegar a la Secretaría General del PCUS a mediados de los ochenta, tuvo una repercusión decisiva, mucho más que el peso de la disidencia, en los cambios introducidos por el partido hegemónico en Hungría para dar paso a la mesa redonda en donde Gobierno y oposición dirimirían el futuro del país. Fue la cúpula dirigente la que, consciente del estado crítico en que se encontraba aquél, máxime por el contexto internacional y la nueva política impulsada desde Moscú —por encima, insistimos, de la presión interna—, la que dio una serie de pasos hacia la liberalización.

En el caso de la antigua República Democrática de Alemania, el condicionante exógeno —la implantación rápida del sistema constitucional y de partidos de la República Federal— ejerció una influencia determinante en la evolución del partido sucesor, en contraste con lo sucedido en el resto del espacio postsoviético europeo con la excepción de la República Checa. Así se entiende la “retirada del *PDS* [Partido del Socialismo Democrático] a la

7 Véase R. Harmel y K. Janda, “An Integrated Theory of Party Goals and Party Change”, *Journal of Theoretical Politics*, vol. 6, 1994, pp. 259-287.

izquierda”⁸ ante la imposibilidad de convertirse en un partido socialdemócrata parecido a los partidos sucesores en Hungría, Polonia o Bulgaria (por poner tres ejemplos distintos entre sí), ya que ese espacio reformista estaba completamente ocupado por el *SPD*. Por tanto, el programa de “renovación del socialismo” no lo llevó a transformarse en un partido socialdemócrata sino, por un lado, a afianzarse en posiciones de izquierda, buscando a la vez su legitimidad en las fuentes marxistas presoviéticas, y por otro, a identificarse con las necesidades e intereses de los ciudadanos germano-orientales insatisfechos después de la unificación.

Como bien ha analizado Michael Waller, el giro hacia la socialdemocracia en la mayor parte de los partidos postcomunistas de esta zona (salvo, repetimos, el *PDS* y el Partido Comunista de Bohemia y Moravia) puede explicarse por múltiples factores. En primer lugar, está la importancia de los recursos organizativos preexistentes que permitieron a los partidos antes hegemónicos afrontar la transición con ciertas garantías; en segundo término, los lazos con las organizaciones sindicales salvaguardaron cierto apoyo popular. Además, el colapso de la Unión Soviética favoreció la renuncia rápida de estos partidos a su identidad previa: dada la debilidad o ausencia de una competencia socialdemócrata, ocuparon sin excesivos problemas el espacio político de una izquierda democrática y modernizada. Finalmente, la respuesta de los países europeos comunitarios fue extraordinariamente favorable a la voluntad del giro ideológico y programático, la misma actitud que encontraron en la Internacional Socialista a la hora de acogerlos en su seno⁹.

En definitiva, la supervivencia y posterior fortalecimiento de los partidos postcomunistas dependió de su capacidad de adaptación interna tanto a las nuevas realidades de la transición a la democracia como al cambio del sistema político dentro del que iban a actuar. Tras analizar la evolución de las formaciones políticas en Hungría, Polonia, República Checa y Eslovaquia después de la época comunista, Tomás Kostelecký señala que siguieron tres líneas prioritarias. En primer lugar, la impronta del personalismo y de un liderazgo autoritario habría dejado paso a una presencia más ostensible de los debates internos dentro de los partidos, es decir, a un progresivo robustecimiento de la vida de partido. En segundo lugar, la retórica del pasado, la política de símbolos y aspiraciones inconcretas, se habría deslizado hacia una política de intereses tangibles, concretos y de elección racional. Finalmente, Kostelecký

8 Véase D. F. Ziblatt, “Putting Humpty Dumpty Back Together Again: Communism’s Collapse and the Reconstruction of the East German Ex-Communist Party”, *German Politics and Society*, vol. 16, nº 1, 1998, pp. 1-29.

9 Véase M. Waller, “Starting Up Problems: Communists, Social Democrats, and Greens”, en G. Wightman (ed.), *Party Formation in East-Central Europe*, Aldershot, Edward Elgar, 1995, pp. 39-60.

subraya la relación cada vez más estrecha entre la estructura social de un determinado país y los partidos políticos que operan en él¹⁰.

En realidad, las características apuntadas también corresponden a los partidos sucesores que no asumieron los principios socialdemócratas. De este modo, en uno y otro caso se desecharon la primacía del centralismo democrático y la aceptación no cuestionada de las decisiones de los dirigentes. Los partidos aceptaron la democracia interna, y con ello, las discrepancias; en consecuencia, se reorganizaron las antiguas estructuras para homologarse con sus competidores. De igual forma, a pesar de la importancia del lenguaje y de la simbología del pasado para ciertos sectores, el discurso político maximalista fue paulatinamente relegado por programas concretos de actuación para tratar de ofrecer salidas racionales a problemas específicos.

Por su parte, hace unos años Herbert Kitschelt propuso una sugerente línea de investigación para analizar la relación entre los ciudadanos y los partidos a través de tres formas –clientelar, carismática y programática– con aplicación a los países postcomunistas¹¹. Según su hipótesis, como el socialismo estaba desacreditado para servir de referencia simbólica, los programas de los partidos sustituyeron a los principios de la ideología. En esas circunstancias, el partido sucesor no podía apelar a una concepción universalista del orden social basada en los principios del marxismo-leninismo inspiradores de los regímenes comunistas previos, sino a cuestiones materiales mucho más concretas, cercanas a las demandas de una población perpleja ante la rapidez y profundidad de los cambios producidos, y de ahí que en las campañas electorales los partidos centraran su atención en explotar la popularidad de determinados candidatos (por ejemplo, Gregor Gysi y el *PDS*) más que en airear los fundamentos ideológicos. La táctica consistía en intentar adaptarse a las oportunidades que ofrecía el momento –las condiciones carismáticas de un líder, la llamada a mantener unos lazos de solidaridad internos entre la militancia del partido en un momento de debacle– para, una vez pasado el primer peligro, asumir una vía más programática.

La sorpresa ante los acontecimientos que desde mediados de la década de los ochenta del siglo pasado se desarrollaban en la Europa soviética alcanzó también a los científicos sociales, que se vieron obligados a reflexionar y a formular modelos de interpretación más ajustados a unas transiciones que, más allá de la puesta en escena, ofrecían pocas similitudes con las ocurridas

10 T. Kostelecký, *Political Parties after Communism. Developments in East-Central Europe*, Washington D. C., Woodrow Wilson Center, 2002, p. 152.

11 Véase H. Kitschelt, “Divergent Paths of Postcommunist Democracies”, en L. Diamond y R. Gunther (eds.), *Political Parties and Democracy*, Baltimore, Maryland, Johns Hopkins University Press, 2001, pp. 299-323.

unos años antes en la Europa mediterránea o en Latinoamérica¹². A pesar, también, de las notables diferencias existentes entre unos y otros países del Este, podemos seguir el hilo conductor que traza Leslie Holmes para establecer una secuencia de los hechos desde el comienzo del fin de los regímenes comunistas¹³. Así, en primer término, con la destitución de los dirigentes históricos la gerontocracia fue apartada del poder, como en los casos de Kadar, Honecker, o Ceaucescu. Mientras tanto, la crisis golpeó a los partidos comunistas hegemónicos, deslegitimados ante la población por su inoperancia a la hora de regenerar el sistema y mejorar las condiciones sociales. En tercer lugar, los sistemas hubieron de aceptar el pluripartidismo y quedaron legalizadas las distintas alternativas políticas hasta dar lugar a la convocatoria de elecciones libres. Siguiendo esta secuencia, queremos subrayar que, salvo en esta tercera y última fase, el protagonismo de la sociedad civil fue endeble, lo cual favoreció el hecho de que, pese a su profundo deterioro desde todos los puntos de vista, los partidos comunistas tuvieran oportunidad, tiempo y recursos suficientes para actualizarse a través de su reconversión en partidos sucesores.

Una vez desaparecidos del mapa político los principales líderes, las elites intermedias se hicieron, por lo general, con las riendas de cada organización, adiestradas como estaban en el manejo de los entresijos burocráticos, y fueron ellas las que, con rapidez inusitada, procedieron a sustituir los principios de la retórica igualitaria e internacionalista por una serie de referentes sociopolíticos de indudable impronta socialdemócrata.

3. ADAPTACIÓN ESTRATÉGICA A LOS NUEVOS TIEMPOS Y ÉXITO DE LOS PARTIDOS SUCESORES

El desarrollo de los partidos sucesores fue vital para la historia de la transición y consolidación democrática en Europa, aunque aquéllos evolucionaran de distinta forma a lo largo del periodo. Algunos partidos refundados rápidamente, como el húngaro y el polaco, tuvieron tanto éxito que alcanzaron el gobierno por la vía democrática. Otros, como en la República Checa o en Alemania Oriental, experimentaron graves dificultades a la hora de realizar su transformación interna. Son varias las explicaciones propuestas desde la Historiografía y la Ciencia Política sobre el papel desempeñado por los partidos sucesores en las transiciones a la democracia, sobre su capacidad

12 Véase R. Martín de la Guardia,, "Singularidad y regularidad en las transiciones a la democracia en Europa del Este", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 3, 2004, pp. 209-222.

13 Para una relación más detallada, véase L. Holmes., *Post-Communism. An Introduction*, Cambridge, Polity, 1997.

de adaptación y su éxito o fracaso. Para una mayoría, las características de los regímenes autoritarios fueron cruciales para entender los procesos políticos desencadenados desde 1989¹⁴. La naturaleza del sistema de dominación condicionaría, entre otros procesos abiertos, el sistema de partidos naciente¹⁵. Por lo que se refiere a las formaciones postcomunistas, se ha establecido una relación directa entre el tipo de régimen previo y la actuación de los partidos sucesores.

Por ejemplo, en sus numerosos y pormenorizados estudios sobre el Partido Socialista Húngaro, Attila Ágh ha subrayado una clave para explicar el resurgimiento del partido en 1994: el importante legado histórico del comunismo húngaro a través, sobre todo, de la permanencia durante el Régimen de un notable movimiento reformista. Estaba capitaneado por una elite influyente en los medios académicos, en los órganos de dirección de las industrias y en las instituciones del Estado, y sus fuentes doctrinales manaban de la versión más liberal del socialismo real. Aunque Ágh ha insistido siempre en la excepcionalidad del caso húngaro, son evidentes las implicaciones para el estudio de otros partidos sucesores así como, en especial, de su capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias¹⁶. De este modo, Ágh fundamenta su argumento en la mayor *liberalidad* del sistema comunista húngaro, internamente más pluralista, gracias a lo cual pudo desarrollarse desde los años setenta –y principalmente en los ochenta– un grupo reformista que en la crisis del régimen se hizo con el control, favoreció el encuentro con la oposición y pilotó la transformación interna del partido. No fue el caso del *PDS*, cuya elite política presentó dos rasgos comunes puestos de manifiesto por el propio Ágh para otros procesos de transición en el Este: el primero, su repentina ascensión al control del partido; el segundo, su escasa experiencia en cargos de alta responsabilidad y, por tanto, su falta de profesionalidad y de destreza política al enfrentarse a asuntos muy complejos¹⁷.

Por supuesto, además de la herencia previa, el propio proceso de transición influyó –y se dejó influir– en la evolución de los partidos sucesores: la hipótesis de Petr Kopecký sobre el tipo de partidos surgidos en la Europa postco-

14 Véase por todos G. Gill, *The Collapse of Single Party System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 47-123 y *passim*.

15 Véase R. Snyder, “Explaining Transitions from Neopatrimonial Dictatorships”, *Comparative Politics*, n° 24, 1992, pp. 379-399.

16 Véanse A. Ágh, “The Hungarian Party System and Party Theory in the Transition of Central Europe”, *Journal of Theoretical Politics*, vol. 6, n° 2, 1994, pp. 217-238 y, del mismo autor, “Defeat and Success as Promoters of Party Change”, *Party Politics*, vol. 3, n° 3, 1997, pp. 427-444.

17 A. Ágh, “From Nomenclatura to Clientela. The Emergence of New Political Elites in East-Central Europe”, en G. Pridham y P. G. Lewis (eds.), *Stabilising Fragile Democracies. Comparing New Party System in Southern and Eastern Europe*, Londres, Routledge, 1996, p. 45.

munista es parcialmente válida para nuestro estudio¹⁸. Kopecký simplifica en exceso las cosas al atribuir un peso determinante, casi exclusivo, a las elites en la marcha tanto de los partidos sucesores como de las nuevas formaciones políticas. Ciertamente, como sugieren Ishiyama y Velten, la capacidad de los partidos para transformar su identidad en el proceso de transición dependió en gran medida de si los *duros* de la organización actuaron como un freno a la reforma sin intentar adaptarse a las nuevas circunstancias políticas¹⁹.

Ello no obstante, una vez resueltos los Congresos Extraordinarios de los diferentes Partidos Comunistas, la variedad de situaciones fue un hecho. En el caso del PDS, la drástica reducción del número de afiliados y la llegada a los órganos de decisión del partido de dirigentes poco conocidos en el escenario político de la República Democrática consolidaron el liderazgo de Gregor Gysi, un elemento fundamental en la línea programática adoptada por el partido, como lo fue, y no en menor medida, el peso de los afiliados: en su inmensa mayoría provenían del antiguo partido único, estaban fuertemente ideologizados y participaron desde un primer momento de forma muy activa en la vida de la organización²⁰. En el caso de Rumanía, el poder omnímodo ejercido no ya por el Partido Comunista sino por la camarilla de Ceaucescu durante las décadas de su mandato provocó una desintegración completa del tejido social, el cual, ante el riguroso sistema de represión, fue incapaz de reaccionar a través de una disidencia digna de tal nombre. Así, una vez ejecutado el matrimonio Ceaucescu en la Navidad de 1989, entró en escena el “Frente de Salvación Nacional”, controlado por los propios comunistas y que de ningún modo representaba a una sociedad todavía carente de impulso organizativo. Durante los primeros años de la transición, el régimen dirigido por el líder del Frente, Ion Iliescu, actualizó muchas de las antiguas estrategias del poder comunista, incluida la práctica de la corrupción con el fin de mantenerse en el poder. La apatía política y la desmovilización a las que habían conducido los años del dictador favorecieron la presencia de un partido sucesor que se había limitado a maquillar la imagen de su precedente.

En cuanto al éxito de las formaciones postcomunistas en la transición democrática, podemos distinguir tres grandes grupos de interpretaciones, muchas veces complementarias. La primera de ellas enfoca la cuestión desde la “demanda electoral”, es decir, desde las bases del apoyo popular. Las difíciles

18 P. Kopecký, “Developing Party Organizations in East-Central Europe”, *Party Politics*, vol. 1, n° 4, 1995, pp. 517-518.

19 Véase J. T. Ishiyama y M. Velten, “Presidential Power and Democratic Development in Post-Communist Politics”, *Communist and Post-Communist Studies*, vol. 31, 1998, pp. 117-134.

20 Véase R. Martín de la Guardia, “Los orígenes del Partido del Socialismo Democrático (1989-1993): el Ave Fénix roja en Alemania”, *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, n° 60, vol. 4, 2005, pp. 285-308.

condiciones económicas de los periodos de transición, la nostalgia de la época comunista, las identidades ideológicas y sociales traicionadas y la incertidumbre respecto al futuro crearon expectativas a los sucesores de los partidos comunistas hegemónicos. Obviamente, la imagen que del proceso de cambio se hizo cada persona, determinada por su posición en el nuevo sistema, condicionó su voto. Como las formaciones postcomunistas, al margen de su grado de reforma interna, aparecieron dispuestas a aliviar las penurias derivadas de la transición, obtuvieron respaldo de los sectores menos favorecidos por el proceso de transformación²¹. Ante las dudas sobre un porvenir poco claro, surgió la añoranza de un pasado reciente, de la estabilidad y armonía existentes en la era comunista²².

El nudo argumentativo de la segunda explicación coincide con el análisis del entorno de los partidos: cómo afecta la transición política, cuáles son las decisiones estratégicas que adoptan las restantes organizaciones, cuál es la fuerza real y relativa en la naciente dinámica de partidos. Algunos estudios empíricos avalan la hipótesis de que los espacios políticos que han quedado libres después de la institucionalización del pluripartidismo determinan poderosamente las opciones posibles y el éxito relativo de quienes los ocupan, como en el caso polaco²³. La debilidad relativa de los partidos que competían con los sucesores en el periodo de transición allanó el camino de éstos en Polonia y Hungría, mientras que, por ejemplo, la fuerza de la coalición de centroderecha en la República Checa y la fragmentación de la izquierda postcomunista condicionaron la debilidad de esta última.

Un tercer punto de vista, complementario de los dos anteriores, estudia los rasgos característicos del partido sucesor: la formación de un nuevo liderazgo en los momentos finales del Régimen y durante la transición, las redes locales, la estructura de la militancia, la táctica política desarrollada, etc. Al fin y al cabo, nada hubiera cambiado dentro de la organización comunista sin la reacción de sus actores. Estos analistas insisten en el papel desempeñado por la elite y su capacidad de generar coaliciones dominantes dentro del partido para adaptarlo al cambio²⁴.

En cualquier caso, el éxito electoral de algunos partidos sucesores en la Europa Central y Oriental resultó una auténtica sorpresa para muchos estudiosos que interpretaban la situación en función de las duras repercusiones

21 Véanse G. Evans y S. Whitefield, "Identifying the Bases...", op. cit., y A. Przeworski, *Democracy and the Market*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 52-71.

22 Sobre el caso húngaro, es revelador el trabajo de V. Bunce y M. Csanadi, "Uncertainty in Transition: Post-Communists in Hungary", *East European Politics and Societies*, vol. 7, 1993, pp. 240-273.

23 F. Millard, "The Shaping of the Polish Party System, 1989-1993", *East European Politics and Societies*, vol. 8, 1994, pp. 467-494.

24 Véase R. Harmel y K. Janda, "An Integrated Theory ...", op. cit.

sociales de las medidas económicas. Sin duda alguna, el más conocido de todos fue la victoria de la Alianza Democrática de Izquierda en las elecciones generales polacas de 1993. El católico país de Solidaridad y del fin de los sistemas comunistas en aquella zona de Europa votaba por los mismos –bien es verdad que reformados– de quienes había renegado muy pocos años antes. La explicación generalmente aceptada fue el crecimiento del malestar en una sociedad sacudida por la profunda crisis económica y la disgregación de Solidaridad en diferentes partidos incapaces de hacer una oferta política coherente para salvar la situación²⁵. Había quedado diluida la imagen, en buena medida ideada por Solidaridad, de una sociedad civil como un todo en su pugna contra la fuerza del Estado comunista. La situación había cambiado y hacían falta respuestas ajustadas a los nuevos tiempos. Los problemas económicos de la población, agravados por una política económica de choque, la orientaban hacia otras alternativas fuera del viejo sindicato.

Así, pues, en las elecciones legislativas de septiembre de 1993 la Alianza Democrática de Izquierda, una coalición dominada por los socialdemócratas, obtuvo el 20'4% de los votos y llegó a formar gobierno con el Partido Campesino Polaco, miembro del Frente de Unidad Nacional durante el régimen comunista. En mayo de 1994 el Partido Socialista Húngaro alcanzó casi el 33% de los votos, y con ello, la mayoría absoluta en el Parlamento. A finales de ese mismo año el Partido Socialista Búlgaro logró también la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional. Las tres formaciones aludidas eran partidos sucesores de los antiguos partidos comunistas hegemónicos en sus respectivos países. Las tres habían renunciado al monopolio de la acción política que les aseguraban las constituciones comunistas, celebrado congresos para la renovación y cambiado de nombre.

Los partidos se habían visto obligados a cambiar rápidamente para no verse marginados. Necesitaban un programa novedoso y suficientemente re-
mozado como para convencer a los ciudadanos. El ejemplo lo tenían cerca: en las elecciones semilibres de Polonia de junio de 1989, el Partido Obrero Unificado Polaco no ganó ni uno de los escaños disponibles para las formaciones en liza, es decir, tan solo conservó los que ya se había asegurado antes de la convocatoria. Urgía una renovación profunda ya que, si se demoraba, podría interpretarse como una huida hacia delante forzada por las circunstancias del momento, y por tanto engañosa, carente de compromiso firme con una verdadera democratización. Así que las elites emergentes de los partidos sucesores

25 La interpretación que se dio de aquel acontecimiento electoral en los medios de comunicación europeos y entre los analistas políticos se encuentra en J. Wrobel, "Young, Westernized, Moderate: the Polish Left after Communism", en C. Bukowski y B. Racz (eds.), *The Return of the Left in Post-Communist States: Current Trends and Future Prospects*, Cheltenham, Edward Edgar Publishing Limited, 1999, pp. 94-106.

se distanciaron de los viejos liderazgos, fortalecieron su poder y procedieron a transformar la estructura organizativa. Fue este un primer paso decisivo: ofrecer a la sociedad una regeneración interna antes de variar la estrategia política. Sin una base sólida, los sectores más recalcitrantes del régimen anterior no hubieran sido apartados y hubieran carecido de valor las declaraciones programáticas al haber quedado éstas sometidas a las luchas intestinas entre reformistas y ortodoxos.

De este modo, los congresos extraordinarios de los partidos comunistas, celebrados entre finales de 1989 y principios de 1990, resultaron decisivos para el porvenir de las formaciones sucesoras: fue el momento oportuno para que rostros nuevos, no identificados tan automáticamente con el sistema de la dictadura, tomaran el relevo del poder. Quedaba ahora dar el segundo paso: la formulación de un programa de actuación política capaz de persuadir a los electores de que la verdadera intención de estas organizaciones era gobernar conforme a pautas que sus antecesores habían pretendido eliminar de raíz desde la fundación de las *democracias populares*.

Los nuevos programas aprobados en los congresos suscribieron expresamente planteamientos socialdemócratas. En Polonia y Hungría, principalmente, los partidos hegemónicos conocían el escaso respaldo popular fuera de la organización así como la carencia de una militancia eficaz, con recursos para impulsar la renovación organizativa. La llegada de la democracia pluripartidista conllevaba la competencia entre fuerzas políticas diferentes, no la mera y en general estéril discusión interna. La envergadura de la protesta social en aquellos países había desafiado directamente a la elite de los partidos únicos y los dirigentes, conscientes de la dificultad de mantener a toda costa el poder omnímodo, iniciaron el proceso de acomodación a los nuevos tiempos abiertos por los acontecimientos de 1989: no fue un cambio *dentro* del sistema sino *del* sistema. Al considerar que muy pronto deberían competir con otros actores políticos, renunciaron a un discurso vindicativo de los logros del régimen comunista con el fin de apostar por una reforma en profundidad que los capacitara para el juego pluripartidista.

Los partidos renunciaron al privilegio constitucional que les reservaba el papel dirigente en la sociedad, una cláusula cuyo sentido último era dejar en manos de la organización comunista el control absoluto del ejercicio del poder. En Hungría ese paso decisivo hacia el reconocimiento del pluripartidismo se dio el 6 de octubre de 1989; en Checoslovaquia, el 29 de noviembre; en la República Democrática de Alemania, el 1 de diciembre; en Bulgaria tuvo lugar el 15 de junio de 1990 y en Polonia, dos semanas después, el día 29. El hecho de que, bien después de negociar con la oposición mediante la fórmula de mesas redondas (como en Hungría, Polonia y, un poco más tarde, Bulgaria), bien después de abandonar el poder (casos de la RDA y Checoslovaquia),

los partidos únicos renunciaran a su posición de privilegio sin que mediara un conflicto sangriento y sin, siquiera, excesivos alborotos en las calles, tendría una enorme trascendencia para el futuro de aquellos países.

A grandes rasgos, los procesos de transición y consolidación democrática en la zona fueron todos similares. Las primeras elecciones de la transición en la Europa Central trajeron consigo la entrada en los nuevos parlamentos de formaciones políticas muy variadas y en general con poca o ninguna experiencia, lo cual se tradujo en un cierto desorden que, sin embargo, sirvió para clarificar las identidades, los programas y las relaciones entre los recién organizados partidos. Las fuerzas democratizadoras se unieron para luchar contra el régimen comunista y, una vez derrotado éste e iniciado un cambio, las diferencias entre las distintas opciones políticas rompieron el consenso previo para dar lugar a la formación de partidos o coaliciones que competirían entre sí en las elecciones libres.

En las primeras convocatorias electorales, en torno a 1990, la fragmentación del voto anti-izquierdista favoreció la victoria de algunos partidos sucesores, reformados organizativamente y con un programa de corte social-demócrata. El mantenimiento de la unidad y la experiencia de sus líderes supieron hacer rentables las complejas transiciones en marcha: criticaron los aspectos más negativos alegando la improvisación y el escaso conocimiento político de sus adversarios, se desmarcaron de su pasado comunista y dieron a sus discursos un contenido nacionalista, muy popular entonces. Así, de ser partidos identificados inevitablemente con el pasado cercano, aislados y despreciados por el resto de fuerzas, pasaron con rapidez a desempeñar un papel relevante en la consolidación democrática de sus respectivos países. Esto no quiere decir que los partidos sucesores no fueran conscientes de su vulnerabilidad ante los ataques de sus rivales, que constantemente les recordaban sus vínculos con el pasado más oscuro; por el contrario, su reacción general consistió en multiplicar las declaraciones en favor de la democracia, implicarse más en las instituciones y facilitar acuerdos con otros grupos para fortalecer así su imagen entre el electorado²⁶.

Por otro lado, la secuencia cronológica del desplome de los regímenes comunistas y el inicio de las transiciones fue rapidísima; los efectos de unas tuvieron efecto en las otras y así, de forma sucesiva, provocaron una bola de nieve cada vez mayor de manera que los actores internacionales tuvieron también que responder con premura. Especialista en la influencia del exterior

26 Véanse, por ejemplo, M. Waller, "Adaptation of the Former Communist Parties of East-Central Europe: A Case of Social-Democratization?", *Party Politics*, vol. 1, nº 4, 1995, pp. 473-490 y D. Morlang, "Hungary: Socialists Building Capitalism", en J. L. Curry y J. B. Urban (eds.), *The Left Transformed in Post-Communist Societies*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers, 2003, pp. 61-98.

en las transiciones de Europa Oriental, Geoffrey Pridham ha demostrado²⁷ cómo Estados Unidos y Europa Occidental buscaron un reacomodo de la situación internacional en el cual, apuntamos nosotros, tuvieron que contar casi desde el mismo inicio de los procesos democratizadores con el concurso de los partidos sucesores a la hora de redefinir sus relaciones con las nuevas democracias. Así, los contactos de los líderes de los partidos de izquierda postcomunista con sus homólogos europeos o norteamericanos tuvieron una consecuencia muy positiva para ellos, al quedar más legitimados aún ante su electorado y, en general, ante la población de sus países.

Pronto desapareció el dominio de los movimientos cívicos como forma de actuación política en los primeros tiempos postcomunistas, aunque esto no implica que se estuvieran desarrollando en su lugar organizaciones políticas sólidas, con capacidad de supervivencia a medio plazo. Por ello no pudo sorprender demasiado que los electorados polaco y húngaro, en 1993 y 1994, respectivamente, estuvieran dispuestos a prestar su apoyo a partidos directamente procedentes del régimen comunista. Por muy “postcomunistas” que fueran sus dirigentes, podían apelar a los valores más atractivos del periodo anterior (la solidaridad, por ejemplo) y jugar con las virtudes de la continuidad y la estabilidad en una situación de profundo y rápido cambio social que de ningún modo significaba la mejora de las condiciones de vida o de las perspectivas para la mayoría de la población. De este modo, las formaciones postcomunistas disfrutaban de militancia más estable que los nuevos partidos, además de que la organización nacional era más fuerte, estaba más desarrollada y retenía gran parte de la experiencia política y ciertas destrezas necesarias para moverse con eficacia dentro de cualquier marco político.

En definitiva, la relación entre los partidos sucesores y el proceso de transición democrática fue beneficiosa para modelar y consolidar ésta. Por supuesto, no todos los partidos promovieron entre sus simpatizantes la aceptación de la democracia; el grado de influencia positiva de los partidos sucesores dependió del tipo de transformación operada en ellos y de su éxito en las distintas convocatorias electorales de los años noventa. Así, el Partido Socialista Húngaro o el Partido Socialdemócrata de Polonia, antiguos partidos únicos reconvertidos en formaciones socialdemócratas, lograron una aceptación social y, con ella, buenos resultados en las urnas que a su vez influyeron en la estabilidad institucional en estos países. En ambos casos la reconversión tanto organizativa como programática, así como el cambio de líderes, facilitó un afianzamiento progresivo que, por supuesto, superó el mero intento

27 G. Pridham, “The International Dimension of Democratization Theory: Practice and Inter-Regional Comparisons”, en G. Pridham, E. Herring y G. Sanford (eds.), *Building Democracy? The International Dimension of Democratization in Eastern Europe*, Nueva York, St. Martin’s Press, 1994, pp. 12-20.

de capitalizar la nostalgia del pasado cercano, esto es, de apelar al supuesto sistema de protección social del régimen comunista, perdido por la irrupción de un capitalismo desenfrenado. En el otro extremo, el Partido Comunista de Bohemia y Moravia mantuvo una firme posición neocomunista, muy difícil de conjugar con el nuevo régimen en tanto en cuanto hizo gala de la herencia recibida así como de un programa claramente continuista, pero capaz, pese a ello, de hacerse un hueco en el sistema democrático checo²⁸.

4. CONCLUSIÓN

La caída del Muro de Berlín y la descomposición de las dictaduras comunistas fueron bien acogidas tanto dentro como fuera de las fronteras de la Europa soviética. Todo hacía pensar que la sociedad civil, ese escurridizo concepto que en última instancia hace referencia a los ciudadanos libres de las ataduras de un régimen totalitario, tomaba realmente el poder para emprender una senda democrática. En algunos de estos países la fuerza de los grupos de oposición surgidos o consolidados entre mediados y finales de la década de los ochenta parecía marcar los designios de un porvenir más optimista y solidario. Sin embargo, pronto se disipó la euforia: una vez derrotado el enemigo común, cada grupo trató de afirmar su propia identidad, mientras las viejas estructuras de los anquilosados partidos comunistas se transformaban en organizaciones presentables —esto es, homologables a otras formaciones democráticas de nuevo cuño— de la mano de cuadros que, en general, no habían tenido responsabilidades importantes durante la época comunista, pero que conocían los recovecos del partido y supieron administrar los recursos y las posibilidades que les ofrecía el nuevo contexto.

En el caso de los procesos revolucionarios abiertos después de 1989 no existe un número elevado de publicaciones sobre la desaparición o adaptación de los partidos políticos a las transformaciones radicales que provocan un cambio en el sistema, cambio que es precisamente, a su vez, el causante de la evolución de aquéllos. Durante los años en que se produjeron estas revoluciones muchos estudiosos vaticinaron la desaparición sin más de los partidos comunistas hegemónicos debido a que la población de estos países los identificaba con la causa de todos sus males²⁹. Sin embargo, la trascendencia del momento histórico y la forma en que reaccionaron estos partidos para lograr recuperar credibilidad y nuevos militantes y reintegrarse en el juego político

28 Véase S. Hanley, "Towards Breakthrough or Breakdown? The Consolidation of KSCM as a Neo-Communist Successor Party in the Czech Republic", *Journal of Communist Studies and Transition Politics*, vol. 17, n° 3, 2001, pp. 96-116.

29 Véase Z. Voytek, "Poland's Party Self-Destructs", *Orbis*, vol. 34, 1990, pp. 179-194.

de las transiciones a la democracia puede resultarnos útil para establecer puntos de comparación con otras transiciones históricas.

Tanto historiadores como politólogos han otorgado enorme importancia a cómo influyen diferentes factores en estos procesos de cambio y consolidación democrática: el fortalecimiento de un discurso nacionalista en los agentes políticos y sociales que desempeñaron un papel importante en aquellos años (nuevos partidos, sindicatos, movimientos sociales), las apelaciones constantes a establecer vínculos más estrechos con la Unión Europea o la OTAN, el abandono –y rechazo– a todo el legado comunista previo y las presiones internacionales para favorecer el surgimiento, primer desarrollo y fortalecimiento de instituciones democráticas³⁰. En esta línea interpretativa, la consideración general atribuía al legado comunista una influencia perniciosa a la hora de estabilizar la democracia: los comportamientos sociales, las actitudes individuales y los programas políticos fundamentados en la nostalgia del pasado acarrearán una visión crítica del futuro y, por tanto, podían convertirse en obstáculos serios para los procesos de transición.

En nuestra opinión, no obstante, la continuidad de organizaciones herederas de los partidos comunistas puede también analizarse desde otra perspectiva. Parece evidente la imposibilidad de que las transiciones abiertas después de 1989 hicieran tabla rasa del pasado inmediato, con lo cual podría decirse que el peso del legado comunista fue articulado por partidos que, si bien en un principio adoptaron una actitud de crítica radical a los cambios, en poco tiempo forjaron un discurso propio. Sus intervenciones políticas sirvieron para matizar o proponer un enfoque diferente de la transición, transición a la que el resto de formaciones políticas identificaba de una forma un tanto simplista con la panacea para todas las desgracias. Los partidos postcomunistas contribuyeron, así, a dinamizar la vida política del país obligando a los demás partidos a adoptar una postura definida sobre cuestiones que habían tratado de pasar por alto como si fueran hechos inextricablemente unidos al momento vivido y, por tanto, ante los cuales era mejor pasar de largo: por ejemplo, los costes sociales del proceso.

De igual forma, y frente a quienes auguraban la pronta desaparición de los partidos postcomunistas, las transiciones en Europa Central demostraron su resistencia y capacidad de adaptación a los nuevos tiempos, incluso con menos esfuerzo que las organizaciones recién nacidas³¹. Su mera existencia sirvió para acentuar la competitividad entre las distintas opciones políticas en

30 Véase, por ejemplo, J. Bielasiak, “Substance and Process in the Development of Party System in East Central Europe”, *Communist and Post-Communist Studies*, vol. 30, n° 1, 1997, pp. 23-44.

31 Véase B. Geddes, “A Comparative Perspective on the Leninist Legacy in Eastern Europe”, *Comparative Political Studies*, vol. 28, n° 2, 1995, pp. 239-274.

juego y para dar a los gobiernos estabilidad en distintos niveles de decisión. De hecho, en un sistema electoral abierto, donde concurre un número elevado de alternativas políticas, los partidos responden a las necesidades del electorado, se acomodan a las nuevas demandas o, si no, desaparecen del escenario público. A nuestro juicio, la facilidad de adaptación al medio, sin negar la herencia del pasado e incluso haciendo de ella bandera para el futuro, fue una característica que estimamos fundamental en la consolidación de las formaciones postcomunistas en Europa Central.

La prolongada existencia del partido único había hecho pensar en un principio que el partido sucesor desaparecería de la escena política en cuanto tuviera que competir libremente con otras formaciones de carácter democrático. Sin embargo, lo que ocurrió fue algo muy distinto: cuanto más tuvo que resistir el partido a las críticas de amplias capas sociales y a la presión de las nuevas instituciones, más desarrolló su capacidad de innovar, negociar y justificar políticas partiendo del legado recibido.

Recibido: 1 de mayo de 2013

Aceptado: 20 de septiembre de 2013